



Meditaciones en tiempos de crisis

Meditaciones en tiempos de crisis

John Donne

Prólogo de Vicente Campos
Traducción de Ascensión Cuesta

ariel Quintaesencia

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta - España

Título original: *Devotions Upon Emergent Occasions*

John Donne

© 2012, Prólogo: Vicente Campos

© 2012, Traducción: Ascensión Cuesta

© 2012, Editorial Planeta S.A. - Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial ARIEL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

www.paidos.com.mx

Primera edición impresa en España: octubre de 2012

ISBN: 978-84-344-0536-3

Primera edición impresa en México: julio de 2020

ISBN: 978-607-747-961-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México - *Printed in Mexico*

ÍNDICE

<i>Prólogo: John Donne, «Antes muerto que mudado», de Vicente Campos</i>	7
<i>Dedicatoria</i>	23
Primera meditación	25
Segunda meditación	29
Tercera meditación	31
Cuarta meditación	35
Quinta meditación	39
Sexta meditación	43
Séptima meditación	45
Octava meditación	49
Novena meditación	53
Décima meditación	57
Undécima meditación	61
Duodécima meditación	65
Decimotercera meditación	69
Decimocuarta meditación	73
Decimoquinta meditación	77
Decimosexta meditación	81

Decimoséptima meditación	85
Decimoctava meditación	89
Decimonovena meditación	93
Vigésima meditación	97
Vigésimo primera meditación.	101
Vigésimo segunda meditación	105
Vigésimo tercera meditación	109

PRIMERA MEDITACIÓN

¡Variable y por lo tanto miserable condición la del hombre! En este instante estoy bien y mal en este otro. Me ha sorprendido un cambio repentino, una alteración hacia lo peor, y no puedo atribuirle a causa alguna ni darle nombre. Estudiamos la salud, argumentamos sobre nuestros alimentos, nuestras bebidas, sobre el aire, el ejercicio, y tallamos y pulimos cada una de las piedras que componen este edificio, y de esta manera nuestra salud es un trabajo largo y constante, pero en un minuto un cañonazo lo echa todo por tierra, lo derriba todo. Una enfermedad que toda nuestra diligencia no ha podido prevenir, que toda nuestra curiosidad no ha podido contemplar, esto es, que no merecemos a causa de nuestros desmanes, nos convoca, nos atrapa, se apodera de nosotros y nos destruye en un momento. Ay, miserable condición del hombre, que no ha sido designio de Dios, pues, siendo él mismo inmortal, había puesto un ascua, un rayo de inmortalidad en nosotros del que podríamos haber hecho brotar una llama, pero apagamos el ascua con nuestro primer pecado; nos arruinamos buscando

do falsas riquezas y nos llenamos de vacío buscando un conocimiento falso. Con tanta maestría lo hicimos que ahora no sólo morimos sino que lo hacemos en el suplicio, morimos con el tormento de la enfermedad y ya no sólo eso, además nos afligimos con antelación, nos afligimos en extremo por ese celo, esa suspicacia, esa aprensión de la enfermedad antes de que podamos llamarla enfermedad. No estamos seguros de estar enfermos; una mano le pregunta a la otra, tomándole el pulso, y nuestros ojos le preguntan a nuestra orina: «¿Cómo estamos?». ¡Ay, miseria y más miseria! Nos morimos y no podemos aprovecharnos de la muerte porque morimos con el tormento de la enfermedad; nos atormenta la enfermedad y no podemos esperar la llegada de los tormentos sin que las aprensiones previas y los presagios nos profeticen los tormentos que nos llevan a la muerte antes de que nos llegue la hora. Y nuestra disolución se concibe ahí, en esos primeros cambios, adquiere vida durante la propia enfermedad y nace verdaderamente en la muerte, que ha empezado con esos primeros cambios. ¿Es un honor exclusivo del hombre ser un pequeño mundo, sufrir esos terremotos en sí mismo, sacudidas súbitas; esos rayos, iluminaciones súbitas; esos eclipses, ahogos repentinos y ofuscación de los sentidos; esas estrellas fugaces, exhalaciones súbitas enardecidas; esos ríos de sangre, súbitas aguas enrojecidas? ¿Es acaso un mundo por sí mismo solamente en eso: tener lo suficiente en él no sólo para destruirse y ejecutarse él mismo, sino también para presagiar esa ejecución sobre sí mismo, para ayudar a la enfermedad, para anticipar la enfermedad, para volver a la enfermedad aún más irremediable a través de tristes aprensiones y así,

como si quisiese avivar con más violencia el fuego echando agua en las brasas, envolver una fiebre ardiente con fría melancolía por temor a que la fiebre sola sin esa ayuda no destruya con la suficiente rapidez, ni concluya su trabajo (que es la destrucción) si no unimos la enfermedad artificial de nuestra melancolía con nuestra fiebre natural y a la vez tan poco natural? ¡Oh, perpleja descomposición, oh, enigmático desorden, oh, miserable condición del hombre!

es el ritmo y la medida de mi alma, la precipitación lo es de mi cuerpo. Incluso los ángeles, cuya residencia está en el paraíso, y que además poseen alas, tenían una escalera con escalones para ir al paraíso. El sol, que recorre tantas leguas en un minuto, las estrellas del firmamento, que aún recorren más, no van tan deprisa como va mi cuerpo hacia la tierra. En el mismo instante en que noto el primer asalto de la enfermedad, siento su victoria, en un abrir y cerrar de ojos apenas veo; al instante, el gusto se torna insípido y necio; al instante se pierde todo apetito y todo deseo; al instante las rodillas se doblan y debilitan; y, al instante, el sueño, que es la imagen, la copia de la muerte, me es arrebatado para que el original, la propia muerte, pueda sustituirlo y así muera yo para la vida. Formaba parte del castigo de Adán: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente». Para mí el castigo se ha multiplicado, he ganado el pan con el sudor de mi frente, por el trabajo hecho por mi vocación, y tengo el pan, pero sigo sudando una y otra vez desde la frente hasta la punta de los pies, y no pruebo el pan, no consumo alimento alguno. ¡Mísera es la distribución que hay en la humanidad, la mitad carece de viandas y la otra mitad de estómago!

TERCERA MEDITACIÓN

Sólo se le atribuye un privilegio y una ventaja al cuerpo del hombre respecto al de las demás criaturas con capacidad de movimiento: no tener, como los demás, que arrastrarse, sino estar dotado de una forma esbelta y vertical concebida y hecha de forma natural para la contemplación del cielo. En realidad, es una forma de agradecimiento, que recompensa a esa alma que la ofrece elevándola unos pies hacia el cielo. Las demás criaturas miran hacia la tierra, y ésta no es un objeto indigno, no es una contemplación indigna del hombre, pues a ella el hombre ha de volver; pero comoquiera que el hombre no debe estar aquí como las demás criaturas, el hombre, de forma natural, tiende a la contemplación de ese lugar que es su morada, el cielo. Ésa es la prerrogativa del hombre, pero ¿en qué estado se halla en esta dignidad? Una fiebre puede hacer que se desmorone, una fiebre puede derrotarlo, una fiebre puede hacer que la cabeza que ayer llevaba una corona de oro, hoy se halle a cinco pies de una corona funeraria, tan abajo como sus pies. Cuando Dios insufló al hombre el aliento

vital, lo encontró echado en el suelo, cuando vuelve para quitarle ese soplo lo prepara acostándolo en su lecho. No hay prisión tan estrecha que no permita al prisionero dar dos o tres pasos. Los anacoretas que se encerraban en los árboles huecos o se emparedaban en paredes huecas, o ese perverso que se encerró en un tonel, todos ellos podían estar de pie o sentarse y disfrutar de un cambio de postura. Un lecho de enfermo es un modelo de tumba, y todo lo que el paciente dice allí no es más que una variación de su epitafio. El lecho de todas las noches es un modelo de tumba. Cada noche decimos a nuestros criados a qué hora nos levantaremos, aquí no podemos decirnos qué día, qué semana, qué mes. Aquí la cabeza está tan abajo como los pies, la cabeza de la gente está tan abajo como la de aquellos a los que pisaban, y aquella mano que firmaba gracias está demasiado débil para pedir la suya, si la pudiera obtener levantándola. Cadenas extrañas son las de los pies, esposas extrañas las de las manos, si cuanto más sueltos están los lazos que atan los pies y las manos, más fuertes son sus ataduras; si cuanto más relajados están los músculos y los ligamentos, menos capaces son de realizar sus funciones. En la tumba, puedo hablar a través de las piedras, con la voz de mis amigos y el tono de esas palabras que su amor concede a mi recuerdo; aquí soy mi propio fantasma, y, más que instruirlos, asusto a los que me observan. Ahora ellos piensan en lo peor en cuanto a mí, y, sin embargo, todavía temen más; ahora me dan por muerto, y, sin embargo, se preguntan cómo me encuentro cuando a media noche están en vela, y se preguntan cómo estaré mañana. Miserable (si bien común a todos) e inhumana postura, en

la que debo ejercitarme para yacer en la tumba permaneciendo acostado quieto, y no puedo ejercitarme para la resurrección al no poder y levantarme más.